

## NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

### EL ENCUENTRO NIXON - POMPIDOU DE REYKJAVIK

Para celebrar una reunión con trazas de «pequeña cumbre», los presidentes Nixon y Pompidou se han reunido en Reykjavik los días 31 de mayo y 1 de junio. El hecho de que el jefe del Ejecutivo norteamericano se trasladara a Islandia para dialogar con el presidente de la República francesa es un éxito de la diplomacia gala, ya que los jefes de Gobierno de Gran Bretaña, República Federal e Italia, en viajes anteriores, sucesivos y pisándose los talones, hubieron de ir a Estados Unidos con ánimo de que el presidente Nixon les aclarase la sibilina declaración que el pasado 23 de abril Henry Kissinger hizo con relación a la «nueva Carta del Atlántico», involucrada con «el año de Europa», es decir, convirtiendo la Alianza Atlántica en cajón de sastre, donde anduvieran revueltos problemas de defensa, comercio y moneda. Sin embargo, a pesar de los miramientos que Estados Unidos tienen con Francia y por más que los medios informativos destacaran que durante el encuentro Nixon Pompidou había reinado cordialidad y hasta compadrazgo, puesto de manifiesto en una serie de bromas y chanzas de los dos presidentes, se han impuesto cuán flacos han sido los resultados concretos de las conversaciones. Tan flacos que no se ha estimado la conveniencia de recogerlos en un comunicado final. Los respectivos portavoces se han limitado a recalcar que esas conversaciones habían sido «francas» —lo que equivale acaso a poco gratas—, y curiosamente la versión de París difiere de la de Washington al puntualizar lo que no ha sido objeto de acuerdo en Reykjavik. O sea, que de sumarse las divergencias señaladas en ambas capitales se llega a un desacuerdo total o poco menos, lo cual dista mucho de un «diálogo de sordos».

En Reykjavik no había ni podía haber «sordos», sino dos jefes de Estado que conocían de antemano las respectivas posiciones frente al complejo pro-

blema de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa, así llamada para simplificar a base de abarcar en un todo coherente la realidad de un troceado continente. Por lo tanto, si para algo ha servido la reunión de Reykjavik ha sido para comprobar en primer término que Francia se mantiene en sus trece y que ni por asomos piensa renunciar a su postura, singularmente en lo que atañe a la presencia íntegra de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Europa, por estimarla —dice— imprescindible para preservar la paz. La continuada insistencia de Francia sobre este punto resultaría un tanto incongruente por parte de un país que, dando por sentada su capacidad defensiva merced a su fuerza de *frappe*, se dio de baja en la OTAN, de no tomar en cuenta las implicaciones económicas de la cuestión. En efecto, ha sido la protección militar norteamericana la que ha permitido a Europa —y Japón— aplicar su esfuerzo a un desarrollo económico que actualmente desafía el poder económico de Estados Unidos.

Desgraciadamente, ese enfoque francés del problema de la defensa europea, que tiene visos de realista, va en contra de la corriente de la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación, de las negociaciones para la reducción de fuerzas —en la que Francia no participa— y sobre todo del vertiginoso acercamiento norteamericano-soviético, que, en lo inmediato, puede convertir a Europa en un *no man's land*, que, excusando el esfuerzo de defensa de los Estados Unidos, le permita aplicar los cuantiosos recursos de sus gastos militares a inversiones productivas que vuelvan a darle una supremacía económica que amenazan a Europa y Japón. Porque la preocupación por recuperar una indiscutible supremacía económica, que parece informar la actual política exterior de los Estados Unidos, los incita a reducir el volumen de su contribución a la salvaguarda de Europa —que también es la suya, por supuesto—, pero sin que sufra mengua esa salvaguarda, debido a un incremento de la aportación a la defensa de los países de la OTAN. No deja de sumir en la perplejidad el cuidado norteamericano por que la Europa occidental —lo mismo que la Europa oriental— se mantenga bajo las armas cuando las cosas parecen irle a pedir de boca en sus relaciones bilaterales con la URSS. ¿No será que los Estados Unidos tratan de traspasar a Europa gran parte del costoso papel de «gendarme», lo que frenaría la expansión económica europea, mientras se reservaría frente a la URSS el de «comerciante» dispuesto a hacer negocios a manta?

No cabe descartar esa eventualidad a la vista del método global de negociación que Kissinger propuso, o sea, que, con motivo de la proyectada

gira a Europa del presidente Nixon, se organizara una «cumbre» entre los Estados Unidos y países europeos, con el insólito aditamento de Japón, ni europeo ni atlántico; «cumbre» que abarcara a un tiempo la cuestión de la ayuda militar norteamericana, los problemas comerciales y los monetarios, convertidos en interdependientes. Francia se niega rotundamente a admitir tal interdependencia y, por ende, que los temas hayan de abordarse con espíritu de síntesis, cuya significación en lenguaje claro es ceder en lo comercial y monetario a trueque del mantenimiento de la ayuda militar. ¿Ha sido este método muy propio para originar confusiones beneficiosas para los Estados Unidos, idea de Kissinger o acaso de Brandt? Se ignora. Lo que sí se sabe es que el canciller Brandt es partidario de un *package deal*, al que Londres y Roma no han puesto el veto. Pero Francia, decidida y tenazmente interpuesta en el camino de la cumbre Estados Unidos-Europa a celebrar globalmente, obliga a Washington a modificar su maniobra. Es lo que el presidente Pompidou ha sacado en limpio de la reunión de Reykjavik. No es poco.

No por ello Washington ha desistido de convencer a París. Tal evidencian esas explicaciones sobre las pretensiones norteamericanas acerca de Europa que el 8 de junio ha facilitado al ministro francés de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, el *factotum* Henry Kissinger, que lo mismo valía en París para el roto vietnamita que para el descosido francés. Aunque nada ha filtrado de lo dicho en el Quai d'Orsay, es de colegir que la negativa francesa a aceptar el criterio norteamericano incita al presidente Nixon a hacer concesiones a la tesis de Francia, que pondrá todo por obra para que la compartan los demás europeos. Al final, ¿conseguirá boicotear el plan inicial norteamericano y llevar el gato al agua? Queda por ver.

Con todo, es de admirar que, aunque Francia ha perdido peso específico en el mundo, no ha renunciado a desempeñar papel de potencia de primer orden. Para ello echa mano de la imaginación, el ingenio, la dialéctica y hasta de la osadía. Los resultados alcanzados no tienen parangón con los medios materiales de que dispone. Sin sombra de ironía o desprecio, al contrario, puede decirse que Francia es la rana que quiere hacerse tan grande como el buey... y lo consigue.

## LA II REPÚBLICA GRIEGA

La noticia de que el 1 de junio el hasta entonces regente Ghiorgios Papadoupulos había proclamado la República no ha causado sorpresa. Es la forma y el momento de la proclamación lo que ha sorprendido: sin encomendarse a Dios ni al diablo y sin tomar en cuenta que, por mucho que de un manotazo apartara al rey del tinglado existente en Grecia desde diciembre de 1967, seguía habiendo en Grecia un pueblo con derecho a opinar previamente. En realidad, dada la ley marcial en vigor, el mutismo impuesto a la prensa y el ostracismo, destierro o cárcel a que están sometidos los que no comparten los criterios gubernamentales, el señor Papadoupulos pudo estimar que semejante consulta holgaba, por cuanto el pueblo griego hubiera pasado por el aro que había dispuesto, al extremo de que, no bien proclamado el cambio de régimen, empezaron a circular drácmas sin la efigie de Constantino II. Mucha premura supone el que se hayan acuñado entre el intento de levantamiento de la Marina y el derrocamiento de la Monarquía, lo que sugiere que la Marina trató de impedir la maniobra de Papadoupulos, preparada con la misma cautela y eficacia que cuando organizó el golpe de Estado del 21 de abril de 1967. Entonces Papadoupulos permaneció un poco en la sombra. Otros fueron quienes ocuparon la primera fila en el Gobierno nacional, constituido por una Junta que prometió democracia de nuevo cuño, prosperidad y mayor aportación a la defensa en el marco de la OTAN, de la que Grecia es un puntal en el Mediterráneo, lo que explica muchas vistas gordas, de otro modo inexplicables.

Desde entonces, sin que los llamados «coroneles» arremetieran directamente contra la anterior Constitución—no más que contra la de 1969—, ambas asentadas en la Monarquía, la situación, en constante evolución, daba claras señales de apuntar a un derrocamiento de Constantino II. Por lo pronto, mientras iba su camino una revolución que no era antimonárquica—se dijo—, se fueron quedando en la cuneta algún que otro destacado coronel del golpe de Estado. El 21 de marzo de 1972 le tocó el turno al teniente general Zoitakos, hasta tanto regente del reino. Papadoupulos, acto seguido, se autodesignó regente, a un tiempo que seguía siendo primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores y ministro de Defensa, concentrando así en sus manos los puestos de máxima importancia del régimen. La presencia de próximos allegados en cargos clave permitió a Papadoupulos rizar el

rizo de una toma totalitaria del poder, partiendo del presupuesto de una monarquía constitucional que ha minado desde dentro. La proclamación el 1 de junio fue mero remate de una obra de astucia, aunque no deba descartarse del todo la posibilidad de que sea un poco lo que se califica de «huída hacia adelante».

En efecto, la necesidad de aumentar considerablemente las fuerzas de seguridad—ley que el regente Zoitakos se negó a firmar, lo que provocó su cese—pregona que lejos de menguar, pese al tratamiento de detenciones, condenas y confinamientos, la oposición—y, a su socaire, la subversión—tendía a incrementarse. A este respecto es de recordar que en febrero de 1969 Grecia fue llevada a la picota en el Consejo de Europa—del que formaba parte—por no respetar los derechos humanos y democráticos. Aunque la experiencia haya enseñado a los españoles a considerar tales denuncias con cautela, el hecho de que el rey Constantino no aceptara volver a su país después de aprobada la Constitución de 1969 y mantuviera hasta el 3 de junio un silencio reprobador frente a las actuaciones de los «coroneles», no es dato desdeñable. Tampoco lo es el intento de levantamiento de la Marina, sin olvidar el asunto del *Velos*, del que fue protagonista la oficialidad del barco, que es difícil calificar de «subversiva» en el sentido izquierdista de la palabra. Si a ello se añade la larga agitación estudiantil y la proliferación de grupos clandestinos—hasta ahora faltos de un común denominador—, cabe preguntarse si la proclamación de la República antes que índice de poder dictatorial consolidado no es búsqueda de una fórmula que permita consolidarlo. La ambigua situación del rey en el exilio y de un regente campando por sus respetos en Grecia, ¿podía dar más de sí? Todo indica que daba «de no» y que Papadoupulos había de renovarse, es decir, institucionalizar la dictadura, o perecer, por cuanto el régimen no ha logrado alcanzar los objetivos señalados en 1967. Dejando a un lado la democracia, que no es elixir de Fierabrás para remediar los males de un país, hay que, después de iniciado un desarrollo económico prometedor, Grecia tropieza con grandes dificultades debidas en parte a que la CEE, a la que está asociada, la esquina un tanto por estar en entredicho el régimen imperante, mientras que la inflación hace estragos. Finalmente, la ponderada aportación griega al sistema defensivo de la OTAN en el Mediterráneo, indispensable en razón de la insistente presencia soviética, no se evidencia dada la tensión existente en las fuerzas armadas. Pese a la drástica renovación de los mandos desde 1967, el crecido número de jefes del Ejército detenidos

o retirados a raíz del 1 de junio impide que se limite a la Marina y la Aviación los núcleos de oposición. Ello crea una situación que quizá retenga la atención de la OTAN por muchas concesiones que Atenas haya hecho a la VI Flota. Es decir, que las cartas con que Papadoupulos inicia la partida no comprenden tantos triunfos como podría hacer creer el desparpajo con que ha proclamado la República.

En cambio, el actual representante de la vapuleada dinastía griega —que muy bien podría adoptar como símbolo el fénix que Papadoupulos ha mandado grabar en el escudo de su República— no carece de oportunidades para considerar con alguna esperanza un regreso a su país, como regresara Jorge II después de la era Venizelos. El «rey silencioso», en todo caso digno y firme, que acaso no fuera popular durante su breve reinado, en la declaración de Roma se ha confirmado en la fidelidad a los principios de la democracia parlamentaria en que se asentó la monarquía griega, fidelidad que motivó su salida del país y ha impedido su retorno. Su petición de liberación de todos los presos políticos puede, por lo demás, suscitar simpatías y adhesiones. Si la operación llevada a cabo por Papadoupulos pretendía distraer al pueblo griego de sus problemas internos y hacerle olvidar sus perdidas libertades con el señuelo de la República, puede darse la paradoja de que se agrupen en torno al rey derrocado, defensor de tales libertades, además de los monárquicos, los auténticos republicanos que aborrecen la dictadura. Porque a estas alturas la monarquía griega dista menos de la democracia de tipo occidental que una República en que el poder presidencial se propone ser «absolutamente absoluto», es decir, ser una dictadura personal, pese al plebiscito del 29 de julio, destinado a enmascarar la realidad, salvo de realizarse con garantías de auténtica libertad. Es dudoso que Ghiorgios Papadoupulos —por muy osado que sea— se atreva a afrontar esa prueba peligrosa.

#### LA CONFERENCIA EUROPEA DE SEGURIDAD Y COOPERACIÓN

Por sus pasos contados —el primero lo dio la URSS en 1954—, la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación ha llegado a su inauguración el 3 de julio. Los medios informativos han comentado ampliamente lo que sucedía en el escenario de Helsinki, en el que han actuado todos los países europeos, incluida la Santa Sede y con excepción de Albania, más Estados Unidos y Canadá. En tiempos, la URSS le hizo dengues a la presencia de

estas dos potencias, singularmente la de Estados Unidos. Posteriormente acató la voluntad de los países de la Alianza Atlántica, que se negaban a negociar sin su gran aliado. La resistencia soviética era un ardid diplomático. Ningún país sabía tanto como la URSS que sin Estados Unidos cuanto se decidiera en la Conferencia quedaría en agua de borrajas. De ahí los esfuerzos paralelos desplegados por la URSS para lograr con Estados Unidos los acuerdos de Moscú de mayo de 1972, desarrollados durante la «cumbre» Nixon-Breznev de junio pasado, uno de cuyos objetivos era una concertación básica antes de la proyectada Conferencia europea. Nada de esto ha impedido que los europeos se hagan la ilusión de que Europa sigue siendo centro de decisión política mundial, con una capacidad de opción que en Helsinki se pondría de manifiesto pese al inconveniente de presentar batalla en orden disperso. La forma en que se ha soslayado en Helsinki el tema del Mediterráneo como factor inseparable de la seguridad del Viejo Continente, en criterio de países europeos ribereños, por el mero hecho de que los dos supergrandes habían estimado preferible «no meneallo», incita a pasar de largo ante el desarrollo de los debates, a leer sólo con un ojo el aséptico comunicado final e intentar reflexionar sobre lo que hay o pudo haber detrás de ese tinglado, por cuanto lo esencial de la cuestión no está en el vistoso espectáculo de Helsinki.

En primer término, cabe preguntarse por qué proceso mental han llegado los países occidentales al convencimiento de que síntoma inequívoco de la decidida búsqueda soviética de relajamiento de la tensión o seguridad es su deseo de incrementar las relaciones económicas o cooperación. Invertir los términos y estimar que la necesidad vital de cooperación occidental, consistente en concesión de créditos, suministro de equipos industriales y ayuda técnica, impone a la URSS ofrecer a cambio un período de relajamiento de la tensión, ¿no sería más ajustado a la realidad? Los grandes problemas económicos de la URSS, en particular el agrícola, son bien conocidos. Más estructurales que coyunturales, no se dan por vez primera en la actualidad, pese al triunfalismo de los planes quinquenales y a lo «científico» del socialismo soviético, que deja malparada la eficacia de la ciencia. Con todo, la URSS no reduce su esfuerzo de defensa, cuyo presupuesto representa el 40 por 100 del producto nacional bruto y es dos veces el de Estados Unidos; ello de no prestar crédito a la afirmación del conocido comentarista Raymond Aron, según el cual el presupuesto *real* es cuatro veces el *oficial*. Todo sucede como si mediante un gigantesco chalaneo con Estados Unidos y

Europa, la URSS apuntara a remediar la anemia de su economía de bienes de consumo apelando a la transfusión de sangre capitalista, pletórica de glóbulos rojos, al extremo de que si el mundo capitalista trabajara al tope de su capacidad de producción estaría en trance de superproducción. Por consiguiente, a corto o mediano plazo, la operación es provechosa para ambos enfermos, singularmente para el enfermo por defecto, que no puede desarrollar a un tiempo la producción de bienes de consumo y la economía con fines militares. Lo que no se evidencia es que, a largo plazo, resulte beneficioso para el mundo occidental que el roto de su ansia de negocios lucrativos contribuya a remediar el descosido económico de un régimen que políticamente no da señales de debilidad ni de evolución y que militarmente no descuida su esfuerzo armamentista, mientras que para atender al sector desvalido de su economía no le hace ascos a una forma de cooperación que durante lustros ha venido denunciando como manifestación del imperialismo y «el colonialismo económico».

De otra parte, éxito inicial de la URSS en la Conferencia Europea ha sido involucrar los problemas políticos en las relaciones comerciales que encandilan al mundo occidental. Ello facilita meter de rondón en los debates el tema del reconocimiento de las fronteras actualmente existentes, de hecho, las surgidas de la segunda guerra mundial, que están todas en el campo socialista, además de las que resultan de la anexión en 1940 de los tres países bálticos. A este respecto queda por ver cómo se resuelve esa noción de «fronteras actuales» que no cabe aplicar a Gibraltar, que corre el riesgo de que lo soslayan en la segunda fase de la Conferencia por poco que los Supergrandes estimen que puede agriar las relaciones entre sí. Tampoco se ha tratado—ni se tratará más adelante—de Berlín-Oeste, que, con su equívoco estatuto y su muro fronterizo, aparece como un islote en el centro de Europa. Es problema que se da por zanjado. Sin embargo, la República Democrática no ha declarado ni suscrito texto en el que desista de considerarlo como «la tercera Alemania». Es, en definitiva, cuestión secundaria de lograr la URSS, andando el tiempo, una cierta reunificación de Alemania al socaire de un neutralismo que podría extenderse a toda una Europa occidental «finlandizada», de tomar cuerpo los amagos aislacionistas de Estados Unidos. El sobresalto que causa a nuestros vecinos galos la eventualidad de un *disengagement* norteamericano es revelador de las dudas que les inspira una seguridad europea sólo asentada en acuerdos, aunque suscritos con todas las de la ley, sobre todo cuando se evidencia que tales acuerdos serán reflejo de



la firme decisión de los Supergrandes de no estar a la greña en Europa, amenazada de ser el pagano de un acercamiento norteamericano-soviético que actualmente va viento en popa. Ello trae a la memoria los tiempos de Yalta, que desembocaron en el máximo chasco de la política exterior norteamericana.

Se ha convertido en tópico equiparar Helsinki y Yalta, donde, se dice, se acordó la partición de Europa en dos bloques, lo que no es cierto. Los documentos allí signados eran modelo de ortodoxia democrática. Luego excluían toda idea de voluntad impuesta por la fuerza. No impidieron la suerte que corrió media Europa debido a su ocupación por las tropas soviéticas. De la paz y la justicia, que los aliados occidentales creían haber asegurado, se pasó a la constitución del bloque socialista con todas sus consecuencias. Nadie puede afirmar que ese bloque se diluirá en la fraternidad de todos los pueblos europeos, que oficialmente persigue la Conferencia, por muchos acuerdos, textos y documentos que se suscriban.

Pero, ¿quién sabe?, tal vez, quizá, acaso la cooperación, provechosa para la URSS —y por extensión para el Este—, origine una auténtica seguridad por eso de que «el diablo, harto de carne, se hizo eremita». Pero después de la segunda guerra mundial y de engullir, mediante rectificaciones de fronteras y anexiones, 93 millones de habitantes y 490.000 kilómetros cuadrados de territorio, la URSS distaba todavía mucho de hacerse eremita.

#### EL VIAJE DEL CANCELLER BRANDT A ISRAEL

Era de prever: el viaje que el canciller Brandt ha hecho a Israel, del 7 al 12 de junio, también se ha calificado de «histórico». Como no hace muchos años su mera eventualidad hubiera sonado a puro disparate, tal viaje, por lo sorprendente, tiene alguna probabilidad de seguir flotando en las memorias, mientras que numerosos acontecimientos que en su día se estimaron «históricos» sólo perduran en las cronologías y las hemerotecas.

Por lo demás, antes que enriquecer la Historia, el canciller Brandt se ha cuidado de que su estancia en Israel fuera parte de la vasta empresa política que ha acometido y que prosigue sin tomarse punto de reposo. De hecho, su actividad viene dejando muy atrás aquella definición de la República Federal alemana, que pasó a categoría de tópico, según la que era «un gigante económico y un enano político». La estatura política de la República Federal no iguala todavía su estatura económica, pero el crecimiento es evidente, cualesquiera que sean los resultados que a la larga —o a la menos

larga— coseche una diplomacia cuyo objetivo principal es tener rango de gran potencia europea, tomando como punto de apoyo la generosidad de Bonn, que da casi sin esperar a que le pidan. Porque es innegable que la República Federal sabe dar como puede hacerlo un país económica y técnicamente boyante, lo que propicia a los antiguos adversarios y acusadores. En lo que a Israel respecta, a despecho del amargo y, por lo visto, inexcusable trago de la visita al Memorial de Yad Vasham, que perpetúa el recuerdo de las víctimas de los campos de concentración nazis, especie de purificación pleonástica del antiguo resistente al Nacional-Socialismo antes de iniciar las conversaciones con los dirigentes israelíes, el canciller Brandt ha pisado firme y dejado bien sentados unos cuantos puntos que señalan la trayectoria de futuro de la República Federal.

Uno de ellos es dar por cancelado el pago de las cuantiosas indemnizaciones que, como consecuencia de los acuerdos de Luxemburgo de 1952 y del encuentro celebrado en Nueva York entre Adenauer y Ben Gurion, Bonn había de entregar a Tel-Aviv. Al pasar el tiempo, ese pago iba adquiriendo carácter de tributo a perpetuidad, algo que un comentarista ha comparado con el «tributo de las cien doncellas», que, de existir en su día, no perduró indefinidamente. Con todo, la República Federal no se desentiende de Israel y sus necesidades, pero lo hará en adelante en forma de créditos a largo plazo y reducidos intereses, amplias inversiones y aportación técnica, según el modelo de acuerdo suscrito con Yugoslavia, que parece llamado a ser muy utilizado. Esta solución, complejo de ayuda amistosa e indemnización, destinada a sustituir el maná de marcos, permite a la República Federal abrigar la esperanza de que el mercado árabe, singularmente el de los países petrolíferos, no se hurtará a una economía basada en la expansión comercial, lo que carece de originalidad, a un tiempo que podrá contar con el suministro de petróleo del Cercano Oriente para no supeditarse en demasía a las fuentes soviéticas. Que Brandt ha expuesto sin ambages la necesidad para Bonn de no malquistarse por este motivo con los árabes, lo avala una anécdota que tiene son de argumento que ha sido preciso admitir. Al final del banquete de gala ofrecido al canciller Brandt, Golda Meir dijo en su discurso: «Los israelitas le tenemos cierto rencor a Moisés, por cuanto, después de guiar a nuestro pueblo durante cuarenta años por el desierto, lo llevó al único país del Cercano Oriente donde no hay petróleo.» Ciertamente, y éste es el talón de Aquiles de un país necesitado de ayuda foránea de toda índole para sobrevivir y encarar el futuro.

Es circunstancia que ha impuesto a Tel-Aviv cierta comprensión de los puntos de vista del canciller Brandt en el conflicto árabe-israelí, de cuya vertiente árabe estaba bien informado en razón del viaje que su ministro de Asuntos Exteriores, Walter Scheel, hizo pocos días antes de que saliera para Israel. Así pudo exponer que no admitía como paradigma aplicable al Cercano Oriente lo sucedido en Europa después de la segunda guerra mundial, o sea, que la inevitable consecuencia de una guerra es trazar nuevas fronteras y producir refugiados. La República Federal comparte el criterio británico sobre la interpretación de la manoseada resolución 242, que Israel se niega a cumplir, siendo éste el meollo del problema existente en esa área. De ahí que el canciller Brandt eludiera asumir oficialmente el papel de mediador que acaso pretendía asignarle Tel-Aviv. Sin embargo, no cabe descartar que Brandt no aspire a resolver de algún modo la cuadratura del círculo del conflicto próximo-oriental. El viaje de Walter Scheel a países árabes tal vez fuera la primera fase de aplicación del plan que ha elaborado y al que no ha dejado de aludir, aun sin revelar sus modalidades prácticas. El «chequeo» que Walter Scheel ha llevado a cabo, su viaje a Israel y su próxima visita al mundo árabe, facilitan a Brandt elementos de juicio para hacer sugerencias constructivas a las dos partes en feroz litigio. Estos contactos, además, permiten detectar fisuras en el muro de la terca negativa israelí. Tal vez podría ensancharlas con el argumento de fructuosas compensaciones a cambio de concesiones de Tel-Aviv, amenazado por el acercamiento norteamericano-soviético, que posiblemente no fortalezca su posición en Washington.

En el ámbito de las compensaciones puede figurar el decidido apoyo de la República Federal para vincular a Israel a la CEE, por la que Israel muestra tanto mayor interés cuanto que está en pugna con serias dificultades económicas, una de ellas la de una deuda exterior que en 1972 alcanzó 4.000 millones de dólares, lo que impone la necesidad de incrementar las exportaciones. Con esa ayuda se ahondaría el ya trazado surco de la «regionalización» del propósito de diversos países mediterráneos de engranar con la CEE, «regionalización» por la que se ha volcado la República Federal y que tan perjudicial es para España, reducida a la escueta condición de «país mediterráneo» con flagrante negación de su europeidad, aunque sólo fuera geográfica.

Dicho en otros términos, aun celebrando los nuevos lazos amistosos entre Bonn y Tel-Aviv, por redundar en favor de la paz y la armonía internacio-

nal, desde un punto de vista español puede existir el recelo de que las buenas componendas entre alemanes e israelíes graviten sobre un acuerdo preferencial entre España y la CEE y que éste no sea claramente «europeo» y diferenciado de los países exclusivamente mediterráneos. Dado el peso específico de la República Federal en el Mercado Común, las dificultades que Francia e Italia originan en materia agrícola y la escasa combatividad a favor de España de los restantes miembros del «Club de los Nueve», la definitiva zambullida de España en la «regionalización» nada tendría de asombrosa.

#### EL ENCUENTRO NIXON-BREZNEV

Sólo por las payasadas y *shows* de Leónidas Breznev, la trémula alegría del presidente Nixon y la campechana cordialidad que ha reinado durante el encuentro norteamericano-soviético del 18 al 25 de junio, esa «cumbre» ocuparía destacado lugar entre las muchas «cumbres»—todas «históricas»—de nuestro tiempo. Mas lo anecdótico o pintoresco no debe distraer de las realidades entrañadas en el largo diálogo entre los dirigentes de las dos Superpotencias. Diversas han sido las cartas que han barajado y jugado alternativamente en Washington, Camp Davis y San Clemente. Apenas merecen mencionarse las que corresponden a acuerdos ya ampliamente negociados, como los relativos a información científica oceanográfica, investigación agrícola y ganadera, transportes aéreos o ampliación por dos años del tratado de intercambio cultural suscrito en mayo de 1972. Cumplieron su objetivo «funcional» y hasta puede que impresionaran a la opinión pública. También la impresionara acaso los cacareados acuerdos de concluir cuanto antes las negociaciones de las SALT-2 y de renuncia a la guerra nuclear, aunque ambos equivalen a echar abajo una puerta abierta. En efecto, respecto a las SALT-2, lograda la disuasión merced a determinado poder nuclear, no aumenta la capacidad militar por aumentar ese poder, si bien se hace cada vez más ruinosa la carrera armamentista. Esa evidencia llevó a Estados Unidos y la URSS a acordar la limitación de armas nucleares estratégicas, una vez recíprocamente anulada toda veleidad de iniciativa bélica por el riesgo desorbitado que la fuerza nuclear representa mutuamente en las zonas que ampara, que no es el mundo entero. Es decir, que, después de lograr la disuasión, la lógica interna de los problemas nucleares determinó que Estados Unidos y la URSS establecieran entre sí relaciones de tipo nuevo: las de un mundo dirigido por una especie de «condominio», que ha suscitado la

evocación de Yalta. Es una de las pocas salidas que deja libre el poder nuclear. No es muy favorable para Europa, como tampoco lo es el sesgo de las relaciones comerciales y financieras norteamericano-soviéticas, verdadero meollo de la «cumbre» y claro exponente de la decisión de Washington de rectificar los rumbos de su política.

Más que de rectificarlos se trata de volver a lo habitual, ya que no a lo tradicional, que es la proyección exterior norteamericana basada en el predominio económico que permite practicar una política de implantación industrial y financiera a escala mundial. Es la política del dólar, que los marxistas-leninistas califican de neo-colonialismo. Para ello es preciso que las transacciones comerciales arrojen saldos favorables y que la balanza de pagos esté por lo menos equilibrada, como por lo pasado, antes de que Estados Unidos se comprometieran en fabulosos gastos de defensa en lugar de hacer inversiones productivas. De ahí las más o menos discretas indicaciones hechas a los países de la OTAN para que incrementen su aportación a la defensa común que en muy considerable medida, ciertamente, ha venido asumiendo Estados Unidos, circunstancia ésta que ha favorecido el desarrollo económico de aquellos países, liberados de la carga de agobiantes presupuestos militares. Dada la nueva orientación de la política exterior norteamericana, es de presumir que la defensa de Europa quedará relegada a un segundo término, a menos de que los países afectados por la amenaza de debilitamiento de la OTAN consientan sustanciales concesiones comerciales con motivo de las negociaciones del GATT.

De todos modos, la URSS, y por vía de consecuencia la Europa del Este, tiende a sustituir a Europa occidental en lo económico. Tal se desprende de los acuerdos suscritos por Nixon y Breznev en este ámbito. El año pasado, los intercambios comerciales entre Estados Unidos y la URSS fueron del orden—modesto—de 600 millones de dólares, en tanto que las transacciones europeo-soviéticas desde hace años oscilan entre los 2.000 y 3.000 millones de dólares. Nixon y Breznev han elaborado el marco jurídico y financiero destinado a un desarrollo del comercio entre las dos superpotencias. Ello implica un previsible retroceso de la Europa occidental en el mercado soviético, habida cuenta de que los dos dirigentes se han comprometido a fomentar el intercambio hasta un total de 2.000 ó 3.000 millones en el plazo de tres años. De otra parte, los acuerdos suscritos para la explotación del petróleo y gas siberianos, en virtud de los cuales Estados Unidos importará esos productos durante veinticinco años por valor de 30.000 a 40.000 millones de dólares,

suponen para la URSS disponer de una ingente masa de divisas. Lógicamente, la incitarán a comprar en Estados Unidos, por lo demás único país en condiciones financieras y técnicas de acometer la explotación de los recursos de Siberia, que requiere en lo financiero la concesión de cuantiosos créditos a largo plazo—se ha calculado que 10.000 millones de dólares— e intereses mínimos.

Por tanto, los recientes acuerdos norteamericano-soviéticos ponen a Europa en el brete de quedarse compuesta y sin novio en lo militar, mientras que en lo económico, la conciliación o reconciliación entre Washington y Moscú la amenaza con una mengua de sus transacciones con la URSS y los países del Este. La perspectiva justifica el desasosiego que ha causado en Europa la «cumbre» Nixon-Breznev. En los propios Estados Unidos no todo han sido campanas al vuelo ante esos acuerdos con visos de maridaje. Muy significativa es a este respecto la negativa del Senado a conceder la cláusula de nación más favorecida—que ostentan Rumania y Polonia—y que hubiera supuesto la reducción del casi 50 por 100 de las tarifas aduaneras para los artículos soviéticos. Nixon alardeó de que la conseguiría, como si estuviera el horno para bollos. El Senado le dio un mentís. Asimismo, eventualidad que puede ser realidad, puede no ratificar los acuerdos suscritos por él. No sería la primera vez que el Capitolio deja a un presidente en la estacada: Wilson puso la Sociedad de Naciones en marcha y el Senado se negó a que Estados Unidos formara parte de ese organismo. La historia no se repite, cierto, pero 279 miembros de la Cámara de Representantes y 77 senadores se tientan el pelo de la ropa ante una nueva singladura con la URSS. Quizá no han olvidado la anterior, correspondiente a la segunda guerra mundial, que desembocó en las tensiones de la guerra fría y en una ruinosa carrera armamentista. Porque frente al conocido liberal o progresista senador Mansfield, entusiasmado por la «espléndida política» de Nixon, del que es contumaz adversario, es de destacar la declaración de Henry Jackson, influyente senador del Estado de Nueva York, a *U. S. News* en vísperas del viaje de Breznev. «¿Por qué—dijo—habrían de concederse a la URSS créditos tan favorables? ¿Hace algo semejante para nosotros? Tan ansiosos estamos de hacer negocios—cualquier tipo de negocios—que pechamos con todo.» La sabiduría popular asevera que «la codicia rompe el saco», dicho que Lenin expresaba en 1920 en estos términos: «Si le dejamos bastante cuerda a la burguesía, se ahorcará ella misma.»

## LA CEE Y EL NIXON-ROUND

Después de un ajetreado período de viajes, encuentros bilaterales y del cónclave de Helsinki, parecía que en el mundo occidental iba a reinar una calma chicha. Pero no más que en el mar hay tregua en las olas de la actividad política. Así, apenas acallados los ecos de la primera fase de la Conferencia Europea, el 13 de julio, en la Comisión Permanente de la CEE, Francia pidió a sus colegas que se adhiriesen a su criterio de no participar en las negociaciones comerciales Estados Unidos-Europa del próximo mes de septiembre si la Administración norteamericana no tomaba antes medidas de apoyo a su moneda.

Los extraños de Francia ante el Nixon-Round no se derivan de los últimos desmayos del dólar. En el pasado abril, apenas Henry Kissinger sugirió la negociación de una nueva Carta del Atlántico, híbrido de negociación comercial y militar, Francia se aprestó a tomar una postura negativa. Es que el proyecto norteamericano, posteriormente retocado, entrañaba el riesgo de que la amenaza de repliegue militar fuera argumento que llevase a los países pequeños o fronterizos con el Este—como la República Federal— a hacer concesiones comerciales y financieras que incidieran en la economía de la Comunidad Europea, ya afectada en sus exportaciones por la progresiva devaluación del dólar.

Esta devaluación, que trae a mal traer a Europa, no produce los mismos efectos en la economía norteamericana. En lo interno, apenas influye en el coste de vida, por cuanto la inflación obedece a otras causas. Sin duda, frena las importaciones, aspecto de la cuestión que le tiene sin cuidado a la Administración de los Estados Unidos, y hasta es un excelente *ersatz* de aumento de las tarifas aduaneras. En cambio, el dólar devaluado favorece la expansión comercial de los Estados Unidos por permitirle competir con ventaja en los mercados mundiales, incluso en el europeo. Mucho se especula sobre la escasa importancia que tiene para los Estados Unidos un comercio exterior que sólo representa el 7 por 100 de su comercio global. No obstante, en una reorientación de la política exterior, que apunta a recobrar la supremacía económica, la conquista o reconquista de mercados favorece el esfuerzo inversionista. Ello incita a considerar a la boyante CEE como una competidora, aun a costa de descuidar a Europa en cuanto escudo frente a un eventual expansionismo soviético, que no utilizaría forzosamente medios militares. Con singular

cierto, el Plan Marshall se aplicó a fortalecer económicamente a Europa, método de estrategia indirecta que fue la parada frente a una penetración ideológica y política procedente del Este. En cambio, la nueva modalidad de la proyección exterior norteamericana puede suscitar el temor de que, paralelamente a un propósito de reducción del apoyo militar en el marco de la OTAN, se perfila una especie de anti-Plan Marshall, consecuencia de la liberalización del comercio mundial que persigue el Nixon-Round.

Tales son, por lo menos, los celos o suspicacias de Francia, que se ha esforzado en hacer compartir por sus socios de la CEE. La pretensión era de bulto y ha dado lugar a una ofensiva escalonada. La inició ante la Comisión Permanente, después de que los gobernadores de los Bancos más importantes del mundo acordaran, el 7 de julio, conceder a Washington importantes créditos para reanimar el dólar; la reanudó en la sesión trimestral de coordinación política de los «Nueve», que se celebró el 23 de julio en Copenhague, donde la sobresaltada Francia se encontró con que Alemania Federal no hacía aspavientos ante la caída del dólar que Washington no se preocupa de remediar, extremo éste que tampoco estiman inadmisibles Gran Bretaña y los países del Benelux. Ello explica que los resultados alcanzados en la reunión previa del Consejo de Ministros de Bruselas fueran tan inconcretos que no se dieron a conocer, aunque quedó claro que se había soslayado dar una respuesta oficial a la propuesta norteamericana de negociar una nueva Carta Atlántica.

Reanudadas las conversaciones de los «Nueve» en Bruselas el 23 de julio por la tarde y el 24, Francia insistió en la necesidad de que todos los países miembros compartieran su criterio de que no podían iniciarse negociaciones si los Estados Unidos no ponían previamente orden en el desbarajuste monetario, volviendo a la paridad fija del dólar acordada en el pasado marzo. Asimismo, trató de que los países de la Comunidad, en nombre de la unidad europea, enfrentaran el Nixon-Round en orden cerrado, aun negando a esa misma Comunidad el derecho de acoger al presidente Nixon cuando viaje a Europa, por cuanto carece de entidad política para actuar corporativamente, lo que es cierto. Pero ¿no le corresponde a Francia singular tanto de culpa en la invertebración monetaria y política de la CEE que ahora perjudica la postura que ha adoptado? Es bien conocida su maña para dar largas al proyecto de creación de una moneda europea, que pudo haber sido un contrapeso del dólar, y su desidia para que sean efectivos los acuerdos de la «cumbre» de París de octubre de 1972, tendentes a que se afirmara la identidad de



Europa no sólo en lo económico, sino también en lo político, lo diplomático y en el ámbito de la defensa, una vez que París hubo torpedeado el proyecto de creación de una secretaría política comunitaria.

Menguada era, por tanto, la capacidad de maniobra francesa en Bruselas, ya que su deseo de postura unitaria de los «Nueve» en Tokio carecía de la base institucional que permitiría adoptar decisiones que a todos comprometiesen al estar en juego el interés común, que, hoy en día, es no dejarse sumergir por la expansión económica norteamericana. Por ello es de destacar que aunque en Bruselas Francia no llevó el gato al agua, no sufrió una auténtica derrota. En efecto, a pesar de que se inicien las negociaciones del GATT sin la exigencia previa de que el dólar recobre su paridad de marzo, se ha dado por sentado que tales negociaciones comerciales y la estabilidad monetaria han de constituir un todo que no puede dissociarse. Como tal vez, y no a muy largo plazo en vista de los temporales que se avecinan, no pueda dissociarse en la CEE la economía de la política, lo que implica admitir la supranacionalidad, contra la que Francia viene luchando por todos los medios. Su propósito es poner en marcha la llamada «Europa de los Estados» o Confederación europea, que, estima sin duda, permite apelar a la acción común a las duras, mientras que cada país, y ella en particular, puede ir a su aire a las maduras. Por desgracia, históricamente, las confederaciones desembocan en su disolución o en la federación, o sea, la supranacionalidad... Ni siquiera Suiza ha escapado a esta ley: aun conservando su nombre oficial de Confederación helvética, es un verdadero Estado federal desde hace un siglo.

#### EGIPTO, LIBIA, LA UNIFICACIÓN Y LA MARCHA DE LA UNIDAD

El escenario internacional, en el que tanta tragedia y tanta comedia se representa a diario, rara vez depara la oportunidad de un espectáculo de tragicomedia como el protagonizado por Egipto y Libia durante el mes de julio. El primer acto, correspondiente a los dieciocho días de estancia en El Cairo del presidente Gadhafi—sólo comparable a la de Fidel Castro en Chile—, se desarrolló discretamente. De unos debates que debieron ser tumultuosos, sólo trascendió la noticia de que Egipto había decidido aplazar la fusión con Libia, programada para el próximo 1 de septiembre. Sólo cabía acatar la decisión. Pero el presidente Gadhafi no es hombre que se deje amilanar. Tiene fe en su estrella y esa seguridad atrevida que medios económicos fabu-

losos confieren a una poca acrisolada experiencia y madurez política. Tiene, además, una vasta panoplia de recursos imaginativos.

Así, utilizando su revolución cultural, que persigue un retorno integral a los principios coránicos y tiene al pueblo libio a punto de ebullición, no bien regresó a Trípoli lanzó contra los reacios dirigentes egipcios la Marcha de la Unidad. El 18 de julio millares de libios movilizados por los comités populares, apiñados en toda clase de vehículos de motor, se dispusieron a recorrer los 2.500 kilómetros que separan Trípoli de El Cairo para pedir —o imponer— la unión sin demoras de Libia y Egipto. En vano el presidente Sadat multiplicó los telegramas para que se detuviera esa invasión de «hermanos» libios —se calcula que eran unos 30.000—. En vano el secretario general de la Unión Socialista Arabe interrumpió su visita a Siria para parlamentar con los dirigentes libios: la Marcha de la Unidad prosiguió impertérrita su alucinante recorrido, decidida a acampar en El Cairo hasta obtener satisfacción de las autoridades egipcias. Finalmente, se estrelló el 21 de julio en los obstáculos acumulados en la carretera por las fuerzas armadas egipcias, concretamente en Fuka, a 200 kilómetros de Alejandría. La distancia recorrida en tres días supone una media horaria que es una marca.

Entre tanto, los requerimientos del presidente Sadat cayeron de pronto en el vacío debido a la dimisión del presidente Gadhafi el 20 de julio —era la tercera vez que dimitía desde que se hizo con el poder. Dijo haber adoptado tal decisión el 11 de julio, lo que quitaba hierro a esa manifestación de desbordante amor libio por un Egipto que no cumplía su palabra de casamiento. También llegaron a dimitir los siete miembros de la Junta Revolucionaria, que se habían negado a aceptar la dimisión de Gadhafi. Seguidamente volvieron a entrar en funciones. Mientras, al margen de estas incertidumbres sobre quién mandaba en Libia, con las orejas gachas y los motores recalentados, la Marcha de la Unidad regresaba a su punto de partida. Llegó a tiempo de asistir al último acto de la comedia, que fue la vuelta a la presidencia de Moamar El Gadhafi, que el 24 de julio cedía a la petición de la Junta Revolucionaria y, más aún, a los ruegos y huelgas del hambre de su enervado pueblo. Las aguas desbordadas volvían a su cauce, es decir, a la firme decisión egipcia de aplazar la unificación, aunque el presidente Sadat recibiera a una delegación libia que le entregó una súplica dramáticamente escrita con sangre. Ni «con sangre» ha entrado la letra de la inmediata unificación en el ánimo del presidente Sadat, por cuanto las razones de su negativa a tal pretensión no la modifican argumentos estruendosos y pasionales.

En efecto, los estudios previos realizados por treinta comisiones especializadas sobre la fusión de Egipto con Libia pusieron de manifiesto que la operación entrañaba serias dificultades, en razón de las diferencias existentes entre estos países, por muy fronterizos y ambos musulmanes que sean, en distintas etapas de su evolución. Esta insoslayable realidad la resumió el redactor-jefe del diario *Al-Akram*, Musa Sabri, al decir: «Nosotros hace veinte años que hicimos la revolución.» Con ello aludía a la revolución cultural libia que el presidente Gadhafi ha desencadenado para establecer un Estado regido en todos los aspectos de la vida nacional por el Corán. Si atrevida es la idea en sí—aunque no nueva—, era altamente impolítico llevarla a la práctica en vísperas de la unión con Egipto, país que, aun siendo musulmán, va por derroteros acordes con los tiempos actuales. De suerte que si la revolución cultural libia ha desazonado a gran parte de la opinión pública egipcia, muy tibia ante el proyecto de unión, ha decidido a los dirigentes cairotas a dar un paso atrás. La delegación de poderes conferida en Libia a los comités populares, que hacen mangas y capirotos impunemente, amenazaban, en caso de unión, con reanimar la agitación estudiantil, soliviantar las masas, dar nuevo impulso a los Hermanos Musulmanes y, sobre todo, llevar a la reanudación de la guerra, que esquiva el presidente Sadat. Políticamente, hasta podía temerse que, aupándose en las masas egipcias y libias, el presidente Gadhafi lograse hacerse con la jefatura de los dos países unificados. ¿Para qué aventura?

Sin embargo, razones de peso abogan en favor de la unificación. En lo económico favorecerían a Egipto los 240.000 millones de pesetas anuales de ingresos petroleros de Libia, cuya renta *per cápita* es de 2.700 dólares frente a los escasos 400 dólares de un Egipto trágicamente agobiado por su presupuesto militar. De otra parte, si Egipto tiene unos 30 millones de habitantes, hay menos de un habitante por kilómetro cuadrado en Libia, casi toda desértica, ciertamente, pero, de todos modos, falta de mano de obra calificada, técnicos, médicos, maestros. Por ello, alrededor de 50.000 egipcios están presentes en todas las actividades vitales de este país, donde abundan los analfabetos y uno de cada diez habitantes está ciego a consecuencia del tracoma. Por tanto, los aspectos positivos de la unión impiden dar carpetazo al proyecto pese a su aspecto negativo, que es el de la superioridad financiera, que acaso podría servir de palanca a Gadhafi para alzarse con el santo y la limosna y avasallar a Egipto. Es eventualidad que torna precavidos no sólo a los dirigentes egipcios, sino a los propios egipcios, conscientes de pertenecer a

una nación cuyo glorioso pasado los hace superiores a los nuevos ricos del desierto.

De ahí que el presidente Sadat quiera contemporizar y, en espera de un horizonte despejado de las amenazas y riesgos que implica la persona del presidente Gadhafi, rehúya la fórmula de rotunda unión y retenga la de asociación por etapas. La federación de Egipto y Siria, que tantas esperanzas suscitó, se saldó con una estrepitosa ruptura que puso en tela de juicio la capacidad de unión del mundo árabe. Es recuerdo que aconseja prudencia y calma, si bien esta sensata postura precautoria tiende a resquebrajar la unión de Libia y Egipto antes de que ésta sea un hecho. Lo que es una tragedia.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA